

## NOTAS

---

PÁGINA 174

Hay, sin embargo, aristocracias que han hecho con actividad el comercio, y cultivado la industria con buen éxito. La historia nos presenta muchos ejemplos de esto: mas en lo general debe decirse, que la aristocracia no favorece el desarrollo de la industria y el comercio, y que sólo las aristocracias de dinero hacen la excepción de esta regla.

Entre ellas son siempre indispensables las riquezas para satisfacer los deseos. El amor de la opulencia viene á ser, por decirlo así, el gran camino de las pasiones humanas, y todos los otros se acercan á él ó lo atraviesan.

La afición al dinero y la sed de la consideración y del poder se confunden entonces de tal modo en las mismas almas, que es difícil distinguir si los hombres son codiciosos por ambición, ó si son ambiciosos por codicia. Esto es por lo que en Inglaterra, pues, se quiere ser rico para llegar á los honores y se desean los honores como manifestación de la riqueza. El espíritu humano es entonces ocupado por todos los extremos y arrastrado hacia la industria y el comercio, que son los caminos más cortos que conducen á la opulencia.

Por lo demás, esto me parece un hecho excepcional y transitorio. Cuando la riqueza llega á ser la única señal de la aristocracia, es difícil que los ricos se mantengan solos en el poder y que excluyan á todos los otros.

La aristocracia de nacimiento y la pura democracia, se hallan colocadas á las dos extremidades del estado social y político de las naciones; la aristocracia del dinero se encuentra en medio. Se acerca á la aristocracia de nacimiento, por los grandes privilegios que confiere á un pequeño número de ciudadanos y participa de la democracia, porque estos mismos privilegios pueden adquirirse sucesivamente por todos; de manera que forma como una transición natural entre estas dos cosas, y no puede decirse si termina el reinado de las instituciones aristocráticas ó abre ya la nueva era de la democracia.

PÁGINA 221

En el diario de mi viaje encuentro el trozo siguiente, que acabará de dar á conocer á lo que someten frecuentemente las mujeres de América que acompañan á sus maridos en los desiertos. El lector no hallará en este fragmento otra cosa que le recomiende sino el sér verdadero.

..... De cuando en cuando encontramos nuevos desmontes. Estos establecimientos son todos semejantes. Voy á describir aquél en donde nos detuvimos esa noche, y él me dará una imagen de todos los demás.

La campanilla que los trabajadores cuelgan al pescuezo de los ganados, para encontrarlos, nos anunció á gran distancia la proximidad del deśmante, y muy pronto oímos el golpe de hacha que derribaba los árboles del bosque. A proporción que nos acercábamos, las huellas de destrucción nos indicaban la presencia del hombre civilizado. El camino estaba cubierto de ramas, y también encontramos al pasar troncos medio quemados ó mutilados que se tenían aún derechos: seguimos nuestra marcha y llegamos á un bosque en que todos los árboles parecían destruídos repentinamente, de suerte que en medio del verano presentaban la imagen del invierno; examinándolos más de cerca, descubrimos en la corteza un tajo profundo que deteniendo la circulación de la savia, los ha-

cía morir pronto; y en efecto, supimos que por aquí se empieza ordinariamente el trabajo. No pudiendo cortar en el primer año todos los árboles que guarecen la propiedad, siembran maíz bajo sus ramas, las cuales, secándose á causa de la incisión, no pueden dañar con su sombra la cosecha. Después de este campo, bosquejo incompleto, primer paso de la civilización en el desierto, descubrimos de repente la cabaña del propietario en el centro de un terreno cultivado con más esmero que el resto, pero, donde, no obstante, el hombre sostiene una lucha bien desigual con el bosque. Los árboles cortados y los troncos cubren todavía y embarazan el terreno á que antes daban sombra. Alrededor de estos destrozos secos, el trigo, renuevos de encinas, plantas y yerbas de toda especie crecen revueltas en un suelo indócil y medio salvaje. En medio de esa vegetación vigorosa y variada se halla la casa del trabajador, ó, como allí se llama, la *log-huose*. Así como el campo que la rodea, esta habitación rústica anuncia una obra nueva y precipitada: su longitud no excedía de treinta pies, ni su altura de quince. Las paredes y el techo eran de troncos de árboles sin labrar, entre los cuales ponen musgo y tierra para impedir que el frío y la lluvia penetren en el interior.

Como la noche se acercaba, nos resolvimos á pedir asilo al propietario de la *log-huose*.

Al ruido de nuestros pasos, los muchachos que jugaban en medio de los restos del bosque se levantaron precipitadamente, huyendo hacia la casa como espantados á la vista de un hombre, mientras que dos grandes perros medio salvajes, con las orejas levantadas y el hocico estirado, salen de su choza ladrando á proteger la retirada de los muchachos. El talador mismo viene á la puerta de su morada, echa una mirada rápida sobre nosotros y haciendo seña á los perros de entrar á la casilla, les da él mismo el ejemplo sin manifestar que nuestra vista excite su curiosidad ni inquiete su atención.

Entramos en la *log-huose*: por cierto que su interior no se parece á las cabañas de los labradores de Europa, y se encuentra más bien lo superfluo que lo necesario.

Tenía una sola ventana con una cortina de muselina, y sobre un fogón de barro chispeaba un gran fuego que aclaraba todo el edificio. Encima de este fogón se descubría una hermosa carabina

rayada, una piel de gamo y varias plumas de águila; á la derecha de la chimenea vimos extendido un mapa de los Estados Unidos, que agitaba y levantaba el viento, que se introducía por entre las rendijas de la pared, y cerca de ella, sobre un estante formado con unas tablas mal pulidas, algunos libros, entre los cuales vi la Biblia, los seis primeros cantos de Miltón y dos dramas de Shakespeare; contra las paredes había baules en lugar de armarios; en el centro una mesa muy mal trabajada, cuyos pies de madera verde todavía y con corteza, parecían nacidos en el lugar que ocupaban; sobre esta mesa una tetera de porcelana inglesa, cucharas de plata, algunas tazas desportilladas y unos diarios.

Las facciones del dueño de la casa eran de forma angular y sus miembros delicados como los que distinguen al habitante de la Nueva Inglaterra: es evidente que tal hombre no ha nacido en la soledad donde nosotros lo encontramos, pues su constitución física basta para anunciar que pasó sus primeros años en el seno de una sociedad instruída, y que pertenece á esa raza inquieta y aventurera que hace fríamente lo que sólo la, vehemencia de las pasiones puede explicar, sometiéndose por algún tiempo á la vida salvaje, á fin de vencer mejor y civilizar el desierto.

Cuando el trabajador vió que nosotros entrábamos en su habitación, salió al encuentro dándonos la mano según costumbre; pero su aspecto permaneció serio, y después de haber preguntado lo que se decía en el mundo y satisfecho su curiosidad, se calló; manifestándose como cansado de la importunidad y del ruido. Á nuestro turno le preguntamos lo que deseábamos saber, y nos dió todos los informes, ocupándose en seguida, sin precipitación, pero con esmero, en proveer á nuestras necesidades. ¿Por qué, pues, no excita nuestro agradecimiento á pesar de los cuidados que nos prodiga? Porque al ejercer la hospitalidad parecía someterse á una obligación penosa de suerte; viendo en ello un deber que le impone su situación, no un placer.

Al otro extremo del fogón estaba sentada una mujer meciendo un niño sobre las rodillas, la cual nos hizo una venia sin interrumpirse: lo mismo que el trabajador, esta mujer se hallaba en la flor de su edad, su aspecto parecía superior á su condición, y su traje anunciaba un gusto mal extinguido por el adorno; pero sus miembros delicados parecían decadentes, sus facciones marchitas,

su vista grave y apacible: en toda su fisonomía se observaba una resignación religiosa, una apacibilidad profunda de pasiones, y no sé que firmeza natural y tranquila que sufre todos los males de la vida, sin temerlos ni despreciarlos. Sus hijos, robustos y turbulentos, se estrechan alrededor suyo, y, llenos de energía, parecen hijos verdaderos del desierto: la madre echaba de cuando en cuando sobre ellos miradas á un tiempo melancólicas y alegres; al ver la fuerza de éstos y la debilidad de ella, se creería que se había aniquilado dándoles la vida, pero que no por eso siente lo que le han costado.

Esta casa habitada por los emigrantes no tenía separación interior ni desván: en su única vivienda, la familia toda viene por la noche á buscar un asilo. He aquí una mansión como un pequeño mundo; el area de la civilización perdida en un piélago de frondosidad.

Á cien pasos de distancia, el bosque inmenso extiende su sombra y empieza de nuevo la soledad.

No es la igualdad de las condiciones la que hace á los hombres inmorales é irreligiosos; pero cuando ellos tienen estas inclinaciones, y al mismo tiempo son iguales, los efectos de la inmoralidad y de la irreligión se producen fácilmente, pues los hombres tienen poca acción los unos sobre los otros y no hay clase que pueda encargarse del buen orden de la sociedad. La igualdad no crea jamás la corrupción de las costumbres, pero algunas veces no le impide aparecer.

PÁGINA 249

Si se separan todos los que no piensan y los que no se atreven á decir lo que sienten, se encontrará que la inmensa mayoría de los americanos se muestra satisfecha con las instituciones políticas de su país, y, en efecto, yo creo que lo está. Considero estas disposiciones favorables de la opinión pública como un indicio, no como una prueba de la bondad absoluta de las leyes americanas.

El orgullo nacional, la protección dada á ciertas pasiones dominantes, algunos acontecimientos casuales, vicios no previstos ni castigados, y más que todo, el interés de una mayoría que hace enmudecer á los que se oponen, pueden alucinar por mucho tiempo á un pueblo entero como á un hombre.

Véase Inglaterra durante todo el siglo XVIII. Ninguna nación se ha prodigado nunca más lisonjas, ningún pueblo se ha visto jamás tan contento de sí mismo: todo era bueno en su constitución, hasta sus mayores defectos; mientras que hoy día una multitud de ingleses se ocupan solamente en probar que esa misma constitución era por mil títulos defectuosos.

¿Quién tenía razón? ¿El pueblo inglés del siglo XVIII ó el de nuestros días?

Lo mismo sucedió en Francia. Es cierto que bajo Luis XIV la gran masa de la nación se apasionó por la forma de gobierno que regía entonces la sociedad. Los que creen bajo el carácter francés de esa época, se equivocan; podía haber esclavitud bajo algunos respectos, pero el espíritu de servidumbre no existía. Los escritores de ese tiempo se entusiasmaban verdaderamente al elevar el poder real sobre todos los otros; hasta el más rústico aldeano se llenaba de orgullo en su choza por la gloria de su soberano, y moría alegre gritando ¡viva el rey! Estas mismas formas se han hecho odiosas. ¿Quién se engañaba? ¿Los franceses de Luis XIV ó los de nuestros días?

Las disposiciones de un pueblo no bastan por sí solas para

juzgar de sus leyes, pues ellas cambian de un siglo á otro; es preciso juzgar por razones de una especie más elevada, y con más general experiencia.

El amor que muestra un pueblo por las leyes no prueba, sino que en esa época no deben cambiarse.

PÁGINA 152

En el capítulo á que se refiere esta nota acabo de mostrar un gran peligro; quiero indicar otro más raro, pero que si llegase á aparecer se debería temer muchas más.

Si el amor de los goces materiales y el gusto por el bienestar que la igualdad sugiere naturalmente á los hombres se apoderasen del espíritu militar, y los ejércitos mismos acabarían quizá por amar la paz, á despecho del interés particular que los inclina á desear la guerra.

En medio de esta molición universal los soldados calcularían que vale más ascender gradualmente, pero sin esfuerzo, á la sombra de la paz, que comprar un adelantamiento rápido con las fatigas y miserias de la vida de campaña. En tal idea, el ejército tomaría las armas sin ardor y usaría de ellas sin energía, y para combatir al enemigo sería preciso que se le forzase.

Sin embargo, esta disposición pacífica del ejército no lo alejaría de las revoluciones militares, que por lo común son muy rápidas, traen consigo grandes peligros, no ofrecen por eso largos trabajos y satisfacen la ambición con menos riesgos que la guerra.

No peligrá más que la vida, á la cual los hombres de las democracias están menos apegados que á sus comodidades.

Nada es tan peligroso para la libertad y la tranquilidad de un pueblo, como un ejército que teme la guerra, pues no buscando ya su elevación y su influencia en los campos de batalla, quieren encontrarlos en otra parte.

Puede también suceder que los hombres que componen un ejército democrático pierdan el interés de ciudadanos sin adquirir las virtudes del soldado, y que el ejército deje de ser guerrero sin cesar de ser revoltoso.

Repetiré aquí lo que he dicho en otro lugar. El remedio de semejantes peligros no está en el ejército, sino en el país. Un pueblo democrático que conserve costumbres civiles, hallará siempre en sus soldados, en caso de necesidad, costumbres guerreras.

---

PÁGINA 321

Los hombres fijan la grandeza de la vida de la unidad en los medios, Dios en el fin; de aquí viene que esta idea de grandeza nos conduce á mil pequeñas. Forzar á los hombres á marchar del mismo modo y hacia el mismo objeto; he aquí una idea humana: introducir una variedad infinita en los actos combinándolos de manera que todos ellos conduzcan por mil vías diversas hacia la ejecución de un gran designio, he aquí una idea divina.

La idea humana de la unidad es casi siempre estéril, la de Dios inmensamente fecunda. Los hombres creen mostrar su grandeza simplicando el medio; el objeto de Dios es sencillo, sus medios varían infinitamente.

---

PÁGINA 329

Un pueblo democrático, no solamente es conducido por sus gustos á centralizar el poder, sino que las pasiones de todos los que lo dirigen lo inclinan á ello sin cesar.

Fácilmente se puede preveer que casi todos los ciudadanos hábiles y ambiciosos que encierra un país democrático, trabajarán

sin descanso en extender las atribuciones del poder social, porque todos esperan dirigirlo un día. Se perdería el tiempo queriendo probar á éstos que la centralización extrema puede perjudicar al Estado, porque ellos centralizan para sí mismos.

Entre los hombres públicos de las democracias, sólo los muy desinteresados ó los muy mediocres, tratan de impedir la centralización del poder; pero los primeros son muy raros y los otros incapaces.

---

PÁGINA 349

Muchas veces me he preguntado lo que sucedería si á causa de la molice de las costumbres democráticas y del carácter inquieto del ejército, se fundase en algunas naciones de nuestros días un gobierno militar.

Creo que ese mismo gobierno no se alejaría del cuadro que he trazado en el capítulo á que se refiere esta nota y no reproduciría los rasgos salvajes de la oligarquía militar.

Estoy convencido de que en este caso se confundirían, en cierto modo, los hábitos del empleado y los del soldado: la administración tomaría algo del espíritu militar, y el militar algunos usos de la administración civil.

El resultado sería un mando regular, claro, neto y absoluto; el pueblo presentaría la imagen del ejército y la sociedad estaría gobernada como un cuartel.

---

PÁGINA 349

No se puede decir de una manera absoluta y general, que el mayor peligro de nuestros días sea la licencia ó la tiranía, la anarquía ó el despotismo.

Lo uno y lo otro, es igualmente de temer y puede salir de una misma causa, que es la apatía general, fruto del individualismo.

Esta misma apatía hace que cuando el poder reúne algunas fuerzas se halle en estado de oprimir, y al día siguiente en que un partido puede poner treinta hombres en batalla se encuentre igualmente en estado de oprimir. Ni el uno ni el otro pueden fundar nada durable, pues lo que los hace obtener fácilmente buen éxito, impide que éste se prolongue por mucho tiempo. Se elevan porque nada se les opone, y caen porque nada los sostiene.

No es por cierto la anarquía ó el despotismo lo que más debe combatirse, sino la apatía que indiferentemente puede crear lo uno ó lo otro.

FIN DE LAS NOTAS

## ÍNDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	VI
ADVERTENCIA.....	1

## PRIMERA PARTE

Influencia de la democracia en el movimiento intelectual en los Estados Unidos.

### CAPÍTULO PRIMERO

Del método filosófico de los americanos.....	5
--	---

### CAPÍTULO II

De la fuente principal de las creencias en los pueblos democráticos.....	11
--	----

### CAPÍTULO III

Por qué los americanos muestran más aptitud y gusto para las ideas generales que sus padres los ingleses.....	16
---	----

### CAPÍTULO IV

Por qué los americanos no han sido jamás tan apasionados como los franceses por las ideas generales en materias políticas.....	21
--	----